San Juan de Ávila

**2. TRATADO DEL SACERDOCIO**

I. RAZÓN DE SER DEL SACERDOTE MINISTRO

Ser sacerdote, don de Dios

i. Entre todas las obras que la divina Majestad obra en la Iglesia por ministerio de los hombres, la que tiene el primado de excelencia, y obligación de mayor agra­decimiento y estima, el oficio sacerdotal es; por el mi­nisterio del cual el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre de jesucristo Nuestro Señor, y su divina persona está por presencia real debajo de los accidentes del pan que antes de la consagración había. Conviene mucho conocer esta merced, para agradecerla al Señor que la hace, y también para usar bien de ella; lo cual, como San Ambrosio dice, no se puede hacer si primero no es conocida. Mas ¿quién tendrá vista tan aguileña que pueda fijarla en el abismo de la lumbre de Dios, de cuyo corazón tal obra procede, tan llena de maravillas mani­festadoras de su inefable saber, inmenso poder, infinita bondad, que esta obra por excelencia se llama *gloria de Dios,* como el glorioso San Ignacio la llama?

Si queremos comparar la alteza del oficio sacerdotal, sin comparación, será como comparar un cortesano de la cámara del rey, que trata con su misma persona, a un aldeano que ha menester el favor de este privado, y se hinca de rodillas delante de él y le besa las manos, pi­diéndole con mucha humildad que interceda por él al rey con quien trata; y si lo queremos comparar con re­yes, aunque sean monarcas, excédeles tanto, según San Ambrosio dice, como el oro excede al plomo.

**El sentir del pueblo de Dios**

2. Y no se tengan por afrentados los hombres terre­nales, bajos o altos, cuyo poder es en cuerpos o en cosas corporales, en ser excedidos de los sacerdotes de Dios, cuyo poder es en las almas, abriéndoles o cerrándoles el cielo, y lo que es más, teniendo poder sobre el mismo Dios, para traerlo al altar y a sus manos; pues que los ángeles del cielo, aunque sean los más altos serafines,

reconocen esta ventaja a los hombres de la tierra orde­nados en sacerdotes; y confiesan que ellos, con ser más altos en naturaleza, y bienaventurados con la vista de Dios, no tienen poder para consagrar a Dios, como el pobre sacerdote lo tiene.

No tienen envidia de esto, porque están llenos de ver­dadera caridad; y, viendo en las manos de un sacerdote al mismo Hijo de Dios a quien ellos en el cielo adoran y con profunda humildad le alaban con mucho temblor, admíranse sobremanera de la divina bondad, que tanto se extiende, y gozándose mucho de la felicidad de los sacer­dotes, y una y muchas veces, con entrañable deseo, les dicen: *Benedícite, Sacerdotes Domini, Dominum; laudate et superexaltate eum in saecula;* y de verlos tan honrados de Dios, hónranlos ellos, y oyen con temblor las santas palabras que de la boca del sacerdote salen; y adoran a su mismo Rey y Señor en las manos del sacerdote, como una y muchas veces lo adoran en los brazos de la Sagra­da Virgen María. ¿Quién no exclamará, si esto bien sien­te, con el profeta David: Quis *loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes eius?* ¿Quién no dirá: *Venite et videte opera Dei, benignissimi, et dulcissimi super sacer­dotes:* por cuyo ministerio no se contenta con convertir «mare in aridam•>, como lo hizo por mano de su siervo Moisés; mas convierte el pan y vino en cuerpo y sangre del mismo Dios? ¡Oh bondad grande suya, que así en­grandece a los sacerdotes, que los levanta del polvo y estiércol, y les da poder no sólo como a los príncipes de su pueblo, más aún, que puedan lo que ellos no pueden!

**María y el sacerdote ministro**

¿Qué queda más donde pueda ser levantado el gusa­nillo de la tierra? No resta sino que le cotejemos con la Virgen bendita, Madre de este Señor, que está colocada en mayor alteza que los ángeles y hombres; y hallaremos que, aunque en algunas cosas la Virgen les exceda, en otras se igualan, y en otras ellos exceden a ella... ¿Quién, aquí, no se saldrá de sí? Pues este beneficio es mayor que quepa en entendimiento de hombre. La bendita Virgen María dio al Verbo de Dios el ser hombre, en­gendrándole de su purísima sangre, siendo hecha verda­dera y natural Madre de El; y en esto, ninguno le fue igual, ni es, ni será. Mas tiene semejanza con esto el ser (p. *140)* sacramental que el sacerdote da a Dios humanado por una tan alta manera, que primero no lo tenía. Y por esto no se llama el sacerdote Padre ni Madre del Hijo de Dios, mas ministro de un nuevo ser de que antes el Se­ñor carecía.

Mas esta ventaja lleva el sacerdote a la Virgen sagra­da, que ella una vez sola le dio ser humano; y él, cada día y cuantas veces quisiere, haciendo lo que debe para bien consagrar. Ella engendró a Cristo pasible, mortal, y que venía a vivir en pobreza, humildad y desprecio; y ellos consagran a Cristo glorioso, resplandeciente, in­mortal, impasible, que, acabado el tiempo de su penoso peregrinaje y el oficio de servir a los hombres, subió al cielo y está reinando sobre toda criatura, y adorado y reverenciado de todos; y estando en trono de tanta Ma­jestad, se viene a encerrar en la pequeñez de la hostia y a las manos del sacerdote por medio de las palabras de la consagración: y allí, y en comparación de este breve espacio de tiempo en que la misa se dice, cúmplese aque­lla palabra de mucha honra que se dijo del día en que Josué mandó al sol y a la luna que no se moviesen, e hi­ciéronlo así; obedeciendo Dios a la palabra del hombre, de lo cual resultó ser aquel día más largo que todos los otros.

Breve rato es el de la consagración, si miramos al tiem­po; mas, si a la obra que hace Dios por manos del hom­bre, mucho más luengo es que aquel otro día, y aun que otros mil días; pues, allí, las criaturas obedecieron a la palabra de Josué, porque Dios les mandó que le obede­ciesen; mas, aquí, el mismo Señor es el que viene al lla­mado del sacerdote, y está presente en la hostia consa­grada con tanta firmeza, que antes consentirá que se des­truyan cielo y tierra que faltar su presencia en la hostia consagrada; porque tiene en más la verdad de su palabra que todo el valor de las criaturas. Y tanta verdad es ésta, que si el cuerpo del Señor no estuviese «in rerum natu­ra» y las palabras de la consagración se dijesen, por el mismo hecho sería hecho de nuevo su cuerpo y sangre, porque la verdad de las palabras de Dios no faltase, mas hiciesen lo que significaban.

**En el misterio de Cristo**

Estas y otras consideraciones tenía presentes el que decía (San Gregorio): "O veneranda Sacerdotum dig­nitas, in quorum manibus, velut in utero virginis, filius Dei incarnatur. O sacrum, et caeleste mysterium, quod per nos Pater et Filius et Spiritus Sanctus operantur. Uno eodemque momento, idem Deus qui praesidet in caelis, in manibus est in Sacramento altaris: stupet cae­lum, miratur terra, veretur homo, horret infernus, con­tremiscit diabolus, veneraturque plurimum Angelica cel­situdo».

Y el que decía (San Bernardo): e0 venerabilis sancti­tudo manuum, o felix exercitium, o vere mundi gau­dium, cum Christus tractat Christum, sacerdos, Dei filium; cuius sunt deliciae esse cum filiis hominum. Quis umquam vidit talla? Quis huic vidit similia? Qui *creavit me sine me, creatur mediante me».*

No pasemos más adelante en piélago de tanta profun­didad; y, pues callar no se sufre, y hablar según la dig­nidad de esta merced no se puede, honrándola, más que escudriñándola, alzando el corazón al Señor, digamos muchas veces: Alabado sea Dios; bendito sea Dios; mu­chas gracias se den a Dios, porque dio tan grande poder a los hombres: las cuales palabras son muy a propósito de este sagrado misterio, pues se llama sacrificio de ala­banza, y bendición mística, y Eucaristía, que quiere de­cir nacimiento de gracias. Porque, cuando este Señor instituyó este admirable misterio, bendijo y dio gracias al Padre, porque conoció que los hombres no las habían de dar por esta merced, o no cuales convenían; y por eso las dio él, que conoce el valor de la merced y usó de su oficio pontifical, al cual pertenece pedir al Padre por nosotros lo que hemos menester y darle gracias por lo que con su oración nos alcanza: *Ipsi gloria in saecida saeculorum. Amen.*

**La dignidad de servir**

4. Los que miran la sobrefaz de las dignidades, y no entran en la consideración profunda de las obligaciones que traen anexas consigo, allende de recibir engaño, re­ciben muy grave daño. Porque, encandilados con aquel resplandor exterior que aficiona a los que le miran, (p. *142*) arrójanse inconsideradamente a aquello que de fuera parece tan honrado, deleitable y seguro; mas, después tórnase­les de mucho peligro y causa de grave condenación, por haberse obligado a cosa para el cumplimiento de lo cual no tenían merecimiento ni fuerzas. Y, por muy dulce que les fue el aceptar, es mucho más amarga la cuenta. Y entonces, aunque tarde, entienden cuánto más cuida­do y presencia ha menester para no caer quien anda por alto; y, si cae, cuánto más se lastima que quien anda por la tierra llana; y por eso, quien toma dignidad alta, pien­se en la cuenta estrecha; porque, cuanto más alta es la mujer, tanto su marido tiene mayor carga para cumplir con la honra.

Santidad sacerdotal, vivir lo que somos

5. Altísimo es el oficio sacerdotal, según se ha dicho. Y San Ambrosio dice: <Nihil est in hoc saeculo excellen­tius sacerdotibus». Mas, como él mismo dice: «Quod su­mus professione, actione potius, quam nomine demons­tremus; ut nomen congruat actioni; actio respondeat nomini; ne sit nomen inane, et crimen immane; ne sit honor sublimis, et vita deformis; ne sit deifica professio, et illicita actio; ne sit religiosus amictus et irreligiosus fructus; ne sit gradus excelsus, et deformis excessus; ne cathedra sublimior, et conscientia sacerdotes reperiatur humilior>. Y, en fin, monstruosa cosa es dignidad en indigno; y grado alto, y vida baja, como dice San Ber­nardo.

Y si el sacerdote quiere saber qué caudal de virtud ha menester para cumplir bien las obligaciones de dig­nidad tan alta y tan santa, oiga a la santa Iglesia que, en el Ofertorio de la Misa del Santísimo Sacramento, dice así: *Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo; et ideo sancti erunt Deo suo.* Las cuales palabras tomó la santa Iglesia de lo que el Señor dijo a los sacerdotes de la vieja Ley: *Sancti eritis, quia ego, Deus vester, sanctus sum.* Las cuales palabras, si las oímos con la fe y reve­rencia que les son debidas, y consideramos nuestra gran­de flaqueza, causarnos han gran confusión, viendo que nos es pedida santidad y por ventura aún no tenemos mediana bondad. ¡Oh qué presto pasamos por este ne­gocio, y cuán poco sentimos la obligación que nos pide! ¡Cuán poco temor tenemos de meternos en tal dignidad! (p. *143)*

¡Cuán poco cuidado de administrarla bien, después de tenida! ¡Y plega a Dios que siquiera tengamos compun­ción, y suplamos con lágrimas lo que faltamos en la san­tidad que nos piden!

Y si a alguno parece que se pide mucho a los sacerdo­tes en pedirles mucha santidad, oiga la causa de ello, y por ventura le parecerá que aún no se pide como con justicia se podía pedir.

**Mirada al Padre y a los hombres:**

**oración y sacrificio**

6. ¿Pedís, Madre Iglesia, que seamos santos vues­tros sacerdotes? ¿Por qué carga tan grande, que de sólo oírla hace temblar?

Ella lo declara diciendo: *Incensum et panes offerunt Deo.* ¿Tan gran cosa es incensar en el altar y poner los panes de la proposición sobre la mesa del templo? ¡Oh, válgame Dios! ¿Quién creyera que había de pedir Dios santidad en sus ministros para hacer una cosa que, al parecer, bastaba una mediana limpieza? Mas, cómo las otras cosas de aquel tiempo, debajo de la corteza exte­rior, aunque vil, contenían en lo interior misterios de grande precio, así aquel incienso y aquellos panes sig­nificaban el oficio sacerdotal de la nueva Ley, que con­siste en ofrecer al Señor incienso de agradable y eficaz oración que amanse su ira, y consagrar y ofrecer el pan que del cielo vino, que es Jesucristo Nuestro Señor, que tanto excede a los panes y sacrificio de la vieja Ley, como el cielo a la tierra, y mucho más.

¡Válgame Dios, y qué gran negocio es oración santa, y consagrar y ofrecer el cuerpo de Jesucristo! Juntas las pone la santa Iglesia, porque, para hacerse bien hechas y ser de grande valor, juntas han de andar.

Conviénele orar al sacerdote, porque es medianero entre Dios y los hombres; y para que la oración no sea seca, ofrece el don que amansa la ira de Dios, que es Jesucristo Nuestro Señor, del cual se entiende <munus absconditum extinguit iras». Y porque esta obligación que el sacerdote tiene de orar, y no como quiera, sino con mucha suavidad y olor bueno que deleite a Dios, como el incienso corporal a los hombres, está tan olvi­dada, *imo* no conocida, como si no fuese; convendrá hablar de ella un poco largo, para que así, con la lumbre (p. *144)*  de la verdad sacada de la palabra de Dios y dichos de sus santos, reciba nuestra ceguedad alguna lumbre para conocer nuestra obligación y nos provoquemos a pedir al Señor fuerzas para cumplirla.

II. ORACIÓN, QUEHACER SACERDOTAL

**Responsables de la humanidad entera**

7. San Crisóstomo *(De dignitate Sacerd. C.4,1...)* dijo: «Nam qui pro civitate, quid autem dico pro civi­tate?, imo pro universo mundo, legatione fungitur, et deprecatur iniquitatibus omnibus propitium Deum fie­ri, non solum viventium, sed et mortuorum, qualem putas esse debere? Ego quidem Moysis et Heliae con­fidentiam huic non puto supplicationi posse sufficere. Sicut enim is cui sit commissus universus mundus, et qui sit pater omnibus, ita accedit ad Deum, obsecrans extingui quidquid ubique pugnarum est, et dissipari tumultus, pacari omnia; et tam privatis malis quam publicis imponi finem. Itaque tantum differe debet omnium precator virtutis eminentia, quantum praecellit, et ipso distat officio».

Palabras para espantar, pues piden obligación de orar por todo el mundo universo y alcanzar bienes y apaci­guar males; y ser tan grande este oficio, y obligación y oración, que, para cumplir con él, es pequeña la con­fianza de Moisés y de Elías: el uno de los cuales, con la fuerza de su oración, alcanzó perdón para aquel nu­meroso ejército; y el otro cerraba el cielo, y abríalo cuando le parecía, para llover o no llover, y hacía des­cender fuego de lo alto que mataba a los vivos; y tam­bién, con la misma oración, dio vida a los muertos, y trajo fuego por milagro para quemar los sacrificios, en testimonio de que el Señor es el Dios verdadero.

**Oración de mediación**

8. La divina Escritura cuenta que, andando el fuego del castigo justo de Dios quemando la gente de los reales en el desierto, tomó el sacerdote Aarón el incen­sario en la mano, y, estando entre los muertos y vivos, incensando y orando, amansó al Señor, e hizo que parase su ira. Mas, ¡ay de nos!, que no tenemos don de oración con que atemos las vengadoras manos de Dios, (p. *145*) de ma­nera que diga: «Déjame que ejercite mi ira»; ni tal san­tidad de vida, para que venzamos al invencible; y aun no sé si entendemos el mismo nombre de oración por­que, como dice San Agustín, este negocio más se hace con gemidos que con palabras; y aquel sólo sabrá gemir, como es menester para que su oración tenga esta pode­rosa eficacia, a quien el Espíritu Santo fuere servido, por su sola santidad y bondad, de enseñarle esta tal oración.

Testigo es de esto San Pablo, cuyas palabras son éstas: *Ipse Spiritus adiuvat infirmitatem nostram; naco quemadmodum orandum sit, ipsi nescimus; ipse spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Muy flaca es la vista del hombre para saber lo que ha de pedir, y el cómo lo ha de pedir; pues muchas veces acaece pedir lo que no le cumple, y aun que le daña, según parece en los hijos del Zebedeo, y también en San Pablo. Y si a éstos, ¿cuánto más a nosotros? Mas esta flaqueza e ignorancia en cosa que tanto importa, remé­diala el Espíritu Santo, enseñándonos a pedir «secundum Deum», como en esta autoridad dice San Pablo: que quiere decir que nos enseña a pedir lo que Dios quiere que le pidamos y lo que quiere conceder por medio de nuestra oración. Porque sentencia verdadera es que lo que Dios antes de los siglos ordenó de dar en tiempo, quiso que se efectuase mediante la oración de los suyos; y es esta de la cual vamos hablando, la cual siempre al­canza lo que pide, porque es inspirada por el Espíritu Santo, cuyas obras no salen en balde.

Y así dice San Ambrosio, pidiendo socorro de oracio­nes ajenas: «Talium, Domine, preces numquam spernis, si, ut pro me orent, ipse inspiraveris». Tal fue la oración de Moisés, cuando alcanzó perdón para el pueblo, y la de otros muchos; y tal conviene que sea la del sacerdote, pues es oficial de este oficio, y constituido de Dios en él; y, por consiguiente, conviene que sea muy primo oficial, y que haga obras del oficio, no sólo iguales, mas muy aventajadas de los que no son oficiales. Y así, cuando el Señor quiere hacer algún bien por medio de la oración del sacerdote, inspírale que lo pida; y pídelo con tanto afecto y confianza, que le deja rastros en el alma para pensar que su oración no ha dado el golpe en vano, sino muy en lleno; y veces hay que inspira el Señor que pidan cosas en general como conversión de infieles, el (p. *146)* bien de la Iglesia...; otras veces, por personas particu­lares; y no pocas veces, queriendo el sacerdote rogar por uno, se le viene otro y se pone por delante otro; y por éste es movido a rogar con mucha afección; aunque ni se acordaba de él ni lo pensaba hacer; y no ora, o muy flojamente, por quien él deseaba.

**En la intimidad divina**

9. Esta comunicación del Señor con el sacerdote, declarándole por el Espíritu Santo su voluntad de los bienes que quiere hacer, o castigos que quiere enviar, con intento de ser rogado y quitar sus azotes y hacer mercedes por medio del sacerdote, es trato de amigos. Pues, como dice el Señor: A *vosotros he llamado amigos, porque os he declarado las cosas que yo oí de mi Padre. Y* así como al sacerdote se ha de preguntar la Ley del Señor, porque es mensajero suyo, según Malaquías dice, así también se le ha de preguntar qué es la voluntad de Dios que se haga en esto o en aquello, como a persona que tiene con el Señor particular amistad y particular trato, y que se cree que no dejará el Señor de decirle cosa que desee saber para el bien de sus prójimos.

Lo cual parece en el Viejo Testamento, pues era cosa muy usada consultar el sacerdote al Señor, para saber su voluntad, si irían a una guerra o no, o cosas semejantes a éstas. Y aun lo mismo usaron los gentiles pasados, y los que ahora se descubren en las indias; pues unos y otros preguntan lo que han menester acer­ca de las cosas particulares que han de hacer, a sus falsos sacerdotes, para que les traigan respuesta de sus falsos dioses, y con ellas van muy contentos. Tan común sentimiento de todos los hombres es que los sacerdotes tienen tal amistad y trato con Dios, que oye sus oracio­nes, y les declara lo que le piden, y hace bien a los hombres por medio de ellos. De manera que no sólo se llaman ayudadores de Dios, como dice San Pablo, por­que, con el ejercicio de su santa palabra y administra­ción de los santos sacramentos, le ayudan a salvar las almas; mas también son ayudadores, y muy grandes, en que, mediante su oración, alcanzan que la misma predicación y buenos ejercicios se hagan con fruto, y también les alcanzan bienes y evitan males por el medio de la sola oración; la cual no es tibia, porque, como dice (p. 147) San Bernardo: «Tepida est omnis oratio quam non prae­cedit inspiratio». Y el Señor dice: «Si offeratis caecum ad immolandum, nonne malum est?», que, según San jerónimo, quiere decir que la oración que el sacerdote ofrece al Señor no ha de ser ciega en lo que pide, regida por espíritu humano, sino con lumbre del Espíritu Santo; ni ha de ser flaca, ni floja, sino eficaz, atenta y muy poderosa. Y esto denota San Pablo, diciendo que Spi­*ritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus;* no por­que el Espíritu Santo, en sí mismo, gima ni pida, pues es Dios impasible, y no tiene superior a quien pida; mas porque hace El que nosotros, por inspiración suya, pidamos lo que quiere dar; y esto no tibiamente, sino con gemidos tan entrañables, causados del Espíritu Santo, tan imposibles de ser entendidos de quien no tiene experiencia de ellos, que aun los que los tienen no los saben contar; por eso se dice que pide El, pues tan poderosamente nos hace pedir.

**Los sentimientos sacerdotales de Cristo**

10. El sacerdote en el altar representa, en la misa, a jesucristo Nuestro Señor, principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio; y es mucha razón que quien le imita en el oficio lo imite en los gemidos, oración y lágrimas, que en la misa que celebró el Viernes Santo en la cruz, en el monte Calvario, derramó por los pe­cados del mundo: *Et exauditus est pro sua reverentia,* como dice San Pablo. En este espejo sacerdotal se ha de mirar el sacerdote, para conformarse en los deseos y oración con El; y, ofreciéndolo delante del acatamiento del Padre por los pecados y remedio del mundo, ofre­cerse también a sí mismo, hacienda y honra y la misma vida, por sí y por todo el mundo; y de esta manera será oído, según su medida y semejanza con El, en la oración y gemidos.

San Gregorio

confirma lo dicho con estas palabras: «Necesse est, cum hace agimus, nosmetipsos Deo in corde contritionis mactemus, quia qui passionis Domi nicae mysteria celebramos, debemus imitar¡ quod agi­mus». De lo cual parece cuán necesario nos es el don del Espíritu Santo, que enseña a orar; pues que aquel sólo puede orar a semejanza de Cristo que tuviere parte del espíritu de Jesucristo. Y esto entendía muy bien (p. *148)* San Ambrosio, cuando con mucha instancia pide el favor del Espíritu Santo para dignamente celebrar estos divinos oficios. Y la lengua con que el alma habla con Dios, en este modo de oración, es la devoción y fervor, según San Bernardo dice. Y como esta lengua sea celes­tial, movida por espíritu del cielo, sabe muy bien abo­gar por sus causas y las de sus encomendados en el celestial tribunal de la misericordia divina; porque lo que del cielo viene, al cielo sube; y el que de la tierra es, de la tierra habla y en la tierra se queda.

San Ambrosio dijo que las armas de los sacerdotes son lágrimas y oración, el cual, armado con éstas, aun­que muy blandas, pelea con gran confianza contra la justicia de Dios, ofreciéndose a sí mismo a semejanza de muro, como otro Moisés, para que descargue Dios en él su ira, por que derrame sobre el pueblo su miseri­cordia. Quiere el Señor que, aunque el pueblo con su mala vida esté tan atemorizado, ni tenga osadía para estar en pie delante de su acatamiento, ni ose alzar los ojos al cielo; que el sacerdote sea tal, que con la limpieza de la vida, y amigable trato y particular familiaridad que hay entre Dios y él, no sea derribado con temor, como está el pueblo; mas tenga una santa osadía para estar en pie y llegar al Señor, y suplicarle, e importunar­le, y atarle, y vencerle, para que, en lugar de azote pesa­do de justo juez, envíe abrazos de Padre amoroso.

**Sensible a los intereses de Dios y a los problemas de los hombres**

I I. Y esto se nos da a entender en que, estando el pueblo en el santo sacrificio de la Misa, humillado y arrodillado, hiriendo sus pechos, lleno de temor y confu­sión causada por sus pecados, está el sacerdote en pie en el altar, negociando con Dios el remedio de ellos, y trayéndoles el ramo de la oliva, significadora de la paz, como lo trajo la paloma a los que estaban en el arca de Noé atemorizados con el azote del gran diluvio, y triun­fando del mismo Dios, que, por su grande misericordia, quiso dar tal poder y tal oficio a los hombres, que pudie­sen, con las tiernas armas de lágrimas y oración, pelear con El y vencerle. El sacerdote, como Orígenes dice, es faz de la Iglesia, y como en la faz resplandece la hermo­sura de todo el cuerpo, así la clerecía ha de ser la (p. 149) prin­cipal hermosura de toda la Iglesia. Y es de mirar que, como en la faz corporal están puestos los ojos, que no sólo sirven para dar lumbre al cuerpo por que no tro­piece, mas para llorar los tropiezos que diere y todos los otros males que de otra cualquiera manera vinieren al cuerpo, como si los mismos ojos fuesen heridos; así el sacerdote ha de tener dos ojos, como las dos piscinas en Hesebón, con que llore las ofensas de Dios, y la per­dición de las almas, y transforme en sí y sienta como propios suyos los trabajos y pecados ajenos, represen­tándolos delante del acatamiento de la misericordia de Dios con afecto piadoso y paternal corazón; el que debe tener el sacerdote con todos, a semejanza del Se­ñor y también de San Ambrosio, que decía que no menos amaba a los hijos espirituales que tenía que si los hubiera engendrado de legítimo matrimonio. Y San Juan Crisóstomo dice que aun se deben amar mucho más; y así, el nombre de Padre que a los sacerdotes damos, les debe amonestar que, pues no es razón que lo tengan en vano y mentira, deben tener dentro de sí el afecto paternal y maternal para aprovechar, orar y llorar por sus prójimos.

Y si a todo cristiano está encomendado el ejercicio de oración, y que sea con instancia y compasión lloran­do con los que lloran, ¿con cuánta más razón debe hacer esto el que tiene por propio oficio pedir limosna para los pobres, salud para los enfermos, rescate para los encarcelados, perdón para culpados, vida para muer­tos, conservación de ella para los vivos, conversión para los infieles, y, en fin, que, mediante su oración y sacri­ficio, se aplique a los hombres el mucho bien que el Señor en la cruz les ganó? Y si de aquellos sacerdotes hubiese que, como otra viuda de Naím, llorasen al hijo muerto; e importunasen al Señor, como la cananea, y le ofreciesen devotos ruegos por el hijo endemoniado que unas veces lo lanza en el fuego el demonio, y otras en el agua, nos consolaría el Señor diciendo: No *queráis* llorar; y les daría almas resucitadas y sanas, como dio a las otras personas corporal salud y vida y, por ventura, espiritual también para sus hijos. (p. 150)

**Falta de oración sacerdotal**

Y porque hay falta de esta oración en la Iglesia, y se­ñaladamente en el sacerdocio, que, como San Gregorio dice, es la parte principal de ella, por eso ha derramado el Señor sobre nosotros su ira, que no se quitará hasta que esta oración torne, pues su ausencia ha sido causa de muchos trabajos. Y plega a Dios no vengan mayores. El profeta Isaías vio en espíritu la cautividad del reino de Judá, y entendió ser la causa de ello la falta de esta oración; y hablando con Dios su dolor, dijo: Non est *qui* invocet nomen tuum, et consurgat, et teneat te. San jerónimo vio en su tiempo un grande azote de guerra, que Dios envió sobre Roma, quejándose de que no hubiese en sus tiempos quien se opusiese a la ira del Señor, para impedir su recio castigo; y como la Iglesia está tan falta de lo mismo, ni se puede excusar el dolor de lo presente ni el temor del porvenir.

De lo ya dicho parece con cuánta razón pide Dios y su santa Iglesia santidad a los sacerdotes, pues les está encomendado oficio tan alto, de ser intercesores entre Dios y ella; y para serlo como es razón, requiérese don de oración, y muy grande: que sea tan eficaz como pide el Espíritu Santo; para lo cual ha de tener amistad el rogador con el rogado, como San Gregorio dice.

III. SACRIFICIO, VICTIMARSE CON CRISTO SACERDOTE

**Sacrificio mediador**

Iz. Resta declarar la otra palabra en la cual se pide santidad, la cual por otra causa conviene, a saber, *quia* panes offerunt Deo. Y si ésta se pedía para poner encima de una mesa unos panes de trigo, ¿cuánta más razón es que sean santos los que ofrecen el pan que del cielo vino, que da vida al mundo y también al cielo? Santidad, lim­pieza quiere decir; y, si para tratar el cuerpo purísimo de Cristo Nuestro Señor no se requiere santidad, no sé para qué sea menester en la tierra, pues ésta es la más santa cosa de todas. Y si San Pablo dice que la mujer que es virgen ha de ser sancta corpore et spiritu, ¿cuánta más razón es que lo sea el que tiene oficio más excelente? La misma santidad de cuerpo y espíritu pide a los de Corinto, para que sean partícipes en las promesas de

Dios; ¡cuánto más la debe tener el que no sólo espera promesas, mas ha recibido de la mano piadosa de Dios el oficio sacerdotal, merced grande, como San Ambrosio pondera!

A nosotros, como tenemos poca estimación de la Ma­jestad infinita de Dios y del respeto que se debe tener a su culto divino, podrános parecer que pedir tanta san­tidad en sus ministros es alguna demasía y agravio que se les hace. Mas como la divina Majestad se conoce a sí misma, pide, y con mucha justicia, tanta santidad y limpieza para llegarse a su altar, y aun en el tiempo que se le ofrecían animales irracionales, que pone en admi­ración a los que atentamente lo consideran. ¿Quién pen­sara que, por tocar un sacerdote a un hombre muerto, o por llevarle a enterrar, o acompañar el entierro, o por tocar una gallina muerta, o por llevar unas cenizas he­chas de la vaca que manda por mandamiento de Dios para expiación de pecados, que por una cosa de éstas, y aun otras al parecer más livianas, era irregular el sacer­dote y no se podía llegar al altar sin que se limpiase de aquella mancha con los remedios que tenía Dios orde­nados? Mas el Altísimo Dios, cuyas obras son verdad e igualdad, tenía por inmundos para tratar sus sacrificios a los que en estas cosas caían; no tanto mirando a ellas cuanto a lo significado por ellas, queriendo dar a enten­der, en aquella limpieza visible y corporal, cuán grande santidad, apartada de toda inmundicia, se requiere para tratar las cosas de su divinísimo culto. Y si miramos cuán sobre todo es venir Dios al llamado de un sacerdote, y es­tar en sus manos, dejarse tratar de él con más estrecha familiaridad que nadie pudiera pensar, ninguna santidad le parecerá que le sobra, y le iguala, ni que llega con mu­cho a lo que merece el Señor de pureza infinita, comuni­cando con tan inefable comunicación.

**Intimidad con Cristo**

Dios verdad es, y todas sus obras lo son; y tal santidad dio a sus sacrificios, que lo que significan de fuera, eso hagan por de dentro. Y este intento y correspondencia ha de tener quien los recibe; porque, si solamente lleva el aparejo exterior, no recibe con fruto el sacrificio; antes le hace injuria por el poco respeto que tIene a cosa tan santa. Pues no es de creer que quIen es tan amigo de (p. *152)* verdad en todas sus obras y sus sacrificios, que no quiera serlo en el trato familiar de su sacratísimo cuerpo; trato sobre toda manera amigable, que no tiene semejable en la tierra; al cual, si verdad se ha de guardar, ha de corres­ponder de parte de Cristo con el sacerdote, y del sacer­dote con Cristo, una amistad interior tan estrecha y una semejanza de costumbres, y un amar y aborrecer de una misma manera, y, en fin, un amor tan entrañable, que de dos haga uno, para que así se cumpla lo que el Señor dijo: Qui *manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet, et ego in illo: y lo* que dijo San Pablo: Qui *adhaeret Deo, unus spiritus est. No* se engañe nadie; que, pues conforme al oficio ha de ser la aptitud para el oficio, éste tan amoroso y de tanta familiaridad no conviene a todos, sino a aquellos que tienen particular familiaridad, amistad y conversación muy estrecha en sus ánimos con Dios.

El solo oficio es testigo de esta verdad, mas también los nombres que al sacerdote le ponen. *Angel* se llama; que tenga pureza angélica, en cuanto le fuere posible. *Tem­*plo es de Dios, y por el mismo hecho ha de ser santo, como dice San Pablo. *Dioses* llama la Sagrada Escritura a los sacerdotes, porque han de ser más que hombres; porque, como dice San Dionisio: aQui sacerdotium dixit, sacrorum simul omnium signavit ordines; ita qui sacer­dotem dixit, augustiorem prorsus, quam divinum insi­nuat virum». Divino ha de ser quien trata con la divini­dad; y a aquel Señor se ha de convertir especialmente, al cual tantas veces consagra y recibe sacramentalmente: que, si de una temporada que aquel santo profeta Moisés trató con la Majestad divinal vino tan lleno de luz y tan *sobrehombre,* que no le podían los hombres mirar si no cubría el resplandor de su cara, ¿con cuánta más razón se debe pedir al sacerdote que sea luz del mundo y que ponga en admiración a los que le miraren; y verle tan alto con el conocimiento y sentimiento de las cosas divi­nas, que sea menester abajarse, para que las flaquezas de los hombres se puedan aprovechar de él?

**Signo de Cristo Víctima**

13. San Jerónimo dice que la doncella dedicada a Dios es sacrificio de Dios, y que ha de aprovechar; que, pues el sacrificio santifica al que lo toca, que así el (p. *153*) ha­blarla, oírla, o mirarla, sea causa de santificación para quien la tratare. ¡Con cuánta más razón se pide esto al sacerdote; pues, si es el que debe, no sólo ha de ser sacri­ficio, mas holocausto, todo entero ofrecido a Dios y que­mado con el fuego del amor divino en honor de Dios: que aquel Señor que es fuente de lumbre y que tantas veces viene a su casa, le hincha de tanta santidad, que los rayos de ella le salgan al sacerdote por los ojos, por la boca, por el andar, por la honestidad, y todo ello de­clare que es arca del testamento de Dios, relicario de Dios, y tan lleno de su gusto, que, por indevoto y dis­traído que sea el que lo oyere, hablare o mirare, sienta en sí mismo aquella fuerza divina que en aquel sacer­dote está. Y esto es ser sal de la tierra, como San Grego­rio dice, si con verdad ha de tener lo significado por ella. Y si todo esto quisiere olvidar, mírese de pies a cabeza cuando está vestido de las santas vestiduras; y si no pien­sa que son vestiduras de fuera, entienda las virtudes que cada una de ellas significa, que ni son pequeñas ni po­cas, y procure tenerlas en su alma, por que no sea fingimiento el tenerlas de fuera y carecer de lo significa­do por ellas; y, yendo los hombres a buscar a Cristo en él, como en santo sepulcro, no hallen cosa de tomo, sino lienzo y sudario, con que fue vestido para enterrarle.

**La fisonomía de Cristo**

14. Quien bien considerare el alma y cuerpo de un buen sacerdote, si tiene aquellas virtudes que la alteza de su oficio le pide, no errará en llamarlo paraíso terre­nal, plantado de diversidad de árboles no menos hermo­sos que fructíferos, en medio del cual está plantado el árbol de vida que es Jesucristo Nuestro Señor, recibido del sacerdote, metido en sus entrañas, dándole vida, y vida que nunca se acaba. Este es el huerto, y más y más abundante que el del rey Asuero ni del rey Salomón; porque aquéllos eran plantados con manos de hombres, regados con agua terrena, y así daban fruto terrenal, y aun momentáneo. Acá es el Espíritu el que planta las virtudes; riégalas con su gracia por los merecimientos de Jesucristo; el fruto que de él se saca es fruto limpio: paz sobre todo sentido, con otros muchos y excelentes frutos para sí, y para toda la Iglesia, que de presente se cogen; y después, la vida eterna. (p. *154)*

Muchas piedras preciosas tenía el sumo sacerdote de la vieja Ley en sus vestiduras para entrar a sacrificar al Señor; mas, como aquel oficio era sombra y casi nada en comparación del oficio sacerdotal de la nueva Ley, con el cual se consagra y recibe el mismo Hijo de Dios, toda razón demanda que lo que allí eran piedras terrenales y engendradas de la tierra, sean en nuestros sacerdotes pre­ciosas virtudes, venidas del cielo, infundidas de Dios. Y porque éstas son tantas, que quererlas contar cada una por sí sería nunca acabar, remitiendo el grande número de ellas al que cuenta la muchedumbre de las estrellas del cielo y a lo que dicen los santos, diremos brevemente de esto mucho algún poco.

**Castidad sacerdotal**

*15.* Cuerpo y alma senos piden limpios, según arri­ba se ha dicho, para consagrar al Señor y recibirle con fruto. Y comenzando por la limpieza de cuerpo, se ofre­ce luego cuán justa y debida cosa es que se reciba y trate el purísimo cuerpo de Jesucristo por cuerpo de sacerdote limpio en todo y por todo. Y entre las maneras de la limpieza que se requieren, no es la que menos se debe tener, ni la que al Señor menos agrada, la limpieza de la castidad; virtud propia, muy propia, y propísima del sacerdote evangélico, figurada en el de la vieja Ley; al cual manda Dios que, en el tiempo que había de ofrecerle sacrificios, se apartase del trato de su mujer; y entre las vestiduras que le pedía, era que llevase *femoralia, ut ope­riret turpitudinem suam; y si* no, que muriese por ello, dándonos a entender que, pues acá siempre llegamos a ofrecer sacrificio, y sacrificio purísimo, amador y hace­dor de toda pureza, debemos estar vestidos de la virtud de la castidad y tener apretada nuestra carne con las re­glas de la disciplina, si queremos evitar la muerte eterna que a los impuros que ofrecen a Dios este sacrificio está amenazada.

Grandísimas señales ha dado Dios de que su santa vo­luntad es que su santo cuerpo sea tratado de manos y cuerpo limpios, por ser El amicísimo de esta limpieza. Y en testimonio de esto, aunque tomando nuestra carne tomó también nuestras flaquezas, padecer hambre, sed, y cansarse, y la misma muerte, y esto con mucha venta­ja, pues tomó de ello más que nosotros; mas (p. *155*) en el nego­cio de ser concebido por la vía del deleite causado de obra de varón y mujer, no quiso ser semejante a nosotros, sino ser concebido por modo limpísimo, ajeno y muy le­jano de toda impudicicia, concebido por obra de Madre - Virgen y por obra del Espíritu Santo; para dar a enten­der que cuerpo tan cercano a la limpieza de espíritu, con cuerpo cuanto fuere posible semejante al espiritual, ha de ser tratado y recibido; para que, estando el semejante en su semejante, se guarde la debida proporción, y se reciba de ambas partes contentamiento, pues que cada uno ama su semejante y se goza con él. Y para dar a en­tender el Señor esto mismo, quiso ser tratado de virgina­les manos, y reclinado en virginales brazos y pecho, cuando era niño; y al tiempo de su muerte, envuelto en una sábana de lienzo blanco y limpia, y puesto en un sepulcro el cual a nadie había recibido. Y como esto en­tendiesen los Sumos Pontífices pasados, alumbrados por el Espíritu del Señor, que da a entender a los hombres aquello de que Dios se agrada, mandaron que el que hubiere de ser sacerdote fuese virgen; o a lo menos hu­biese sido casado con una mujer no más, y aquélla fuese doncella.

**En la antigua Ley**

*16.* No se maraville nadie de esta limpieza que pide el Hijo de Dios a los que tan íntimamente han de tratar y juntarse con él; pues, en la vieja Ley, estaba mandado al sumo sacerdote que no se pudiese casar sino con mu­jer de ciertas calidades, entre las cuales era una,. y la principal, que fuese doncella. ¿Quién no ve cuán ustí­sima razón es que, si una niña está deputada para ser esposa de un poderoso Rey, que la críen muy ajena de toda inmundicia, y que le den a entender que es cosa indignísima casarse con un alto Rey la que no tuviere virginidad muy entera, y muy limpia? Y si esta limpieza se pide para recibir este oficio, como es razón, ¿con cuánta más se pedirá que, después de recibido, no en­sucie el sacerdote su cuerpo con el cieno de la lujuria, haciendo gravísima injuria al autor de la puridad que se dignó juntar consigo al tal sacerdote, y por el mismo hecho le obligó de nuevo a que no diese su cuerpo a cuyo no era? (p. 157)

**Herencia apostólica**

17. Sintieron muy bien la gravedad de este delito los santos Apóstoles alumbrados por el Espíritu Santo cuan­do ordenaron que el sacerdote que cayese en fornicación, por el mismo hecho, nunca más, en toda su vida, consa­grase ni tratase el santo cuerpo de Cristo; sino que, pues puesto en honra y tal honra, no la conoció, pierda el uso del oficio, pues tan ingrato fue contra él. Y aunque los Pontífices que después vinieron, movidos de compa­sión de la humana flaqueza, quisieron templar con algu­na misericordia este tan justo rigor, con todo eso, por mucha y muy particular gracia, se extendieron a impo­ner penitencia de diez años, y un poco áspera, al que hubiese caído en este pecado; la cual, siendo bien cum­plida, y dando el tal sacerdote culpable esperanza de su arrepentimiento y verdadera enmienda, tornase a cobrar el uso del oficio perdido.

No parezca esto a nadie riguroso, y si le pareciere, entienda que no tiene espíritu del Señor, porque de éste dice el mismo Cristo: *Ille me clarificabit, quia de meo accipiet.* Y en otra parte: *Ille testimonium perhibebit de me.* Oficio es del Espíritu Santo engrandecer a Cristo en los corazones donde él mora, y cuanto le predica a él por digno de toda honra y servicio, tanto predica por malo al pecado contra él hecho y por digno de graves tormentos. Y quien con la lumbre de este Espíritu con­siderare aquella tremenda hora, que así la llaman los santos, cuando el sacerdote está en el altar y consagra al Hijo de Dios, verá claro que pide tanta limpieza y tales condiciones, que, para cumplir bien con ella, es menester haberse guardado, toda la vida, de cosa inmunda, para que así vaya en el altar tan ataviado en el ánimo, como limpia doncella va en el tálamo de su esposo, adornada de vestiduras ricas, llena de buen olor, y que no le falte cosa que pueda su esposo desear en ella.

**El sentir de los Padres**

18. Y porque nosotros estamos tan lejos de sentir esto así y vanos la vida en conocerlo, será bien que oigamos y sigamos a los santos, que, alumbrados por el Espíritu Santo, como espirituales juzgan todas las co­sas, y, por consiguiente, qué tal debe ser la reverencia

y santidad que en aquella hora es menester para tratar el santo cuerpo de Cristo Nuestro Señor a contenta­miento de él.

Y comencemos por el bienaventurado San Crisástomo, que dice así: <,ltaque sic differre debet omnibus preca­tor, virtutis minentia, quantum praecellit et ipso distat officio; cumque et Spiritum Sanctum advocaverit, et re­verendam illam immolaverit hostiam..., ubi illum, dic mihi, nostra aestimatione ponemus? quantum ab illo splendorem poscemus et quantum religionem... ? Ex­pende nunc, quales oporteat esse manus eius, tantarum rerum ministras, qualem linguam Christum illa funden­tem, aut quo igne mundiorem et sanctiorem animam eius! ... »

«Tunc enim et Angeli circundant sacerdotem, et Tri­bunal, atque altaris locos caelestibus virtutibus adim­pletur, in honorem illius qui immolatur; quod quidem ex ipsis quae aguntur ostenditur. Ego audivi, referente aliquo, quod presbyter quidam vitae sanctitate mirabi­lis, et qui revelationes soleret videre, retulisset illi tale spectaculum se aliquando vidisse, sancti sacrificii tem­pore, et conspexisse angelorum multitudinem (sicut pos­sibile erat intueri) stolis fulgentibus, et altare corona­tum cum officio quo circa regem suum milites stare consueverunt; quod mihi quidem facile persuasum est».

<,Alter vero mihi retulit ab alío se audisse, quod de saeculo hoc recedentes, qui participes mysteriorum illo­rum in continentia munda fuerint, cum effaverint ulti­mum Spiritum, subiici alacres manibus Angelorum. Necdum ergo inhorrescis, quod ad tale ministerium, me innitebaris inducere, indutum sordibus et vitiis; sacer­dotum inserere dignitati, quem talem Christus a convi­vantium congregatione separaverit? Splendore igitur vi­tae totum illuminantis orbem fulgere debet anima sacer­dotis; nostra autem tantis tenebris operitur male et cur­vatur semper ut nec ad Deum suum cum fiducia audeat aliquando respicere. Sacerdotes sal terrae sunt; nostram autem insipientiam, aut in omnibus ignorantiam, quis queat facile sustinere, exceptis vobis, qui nimium nos diligere decrevistis?»

¿A quién no ponen admiración y temor las palabras de este Santo, que, como alumbrado de Dios, conoce la alteza y grandeza de este sacrificio y el resplandor que las manos del sacerdote deben tener? Por lo cual él se (p. *158)* halla tan indigno que se queja de San Basilio porque le convidara a que tomase este oficio.

Y por que esta verdad parezca más clara y nuestra negligencia más confundida, diga su dicho San Agustín: «Si enim Angel¡, Te adorantes et laudantes, tremunt mira exultatione repleti, ego peccator dum Tibi assisto, laudes dice, sacrificium offero, cur non corde paveo, vultu palleo, labiis tremo, toto corpore inhorresco? Sic iam obortis lacrymis coram Te indesinenter lugeo... Vehementer admiror, dum Te nimis Terribilem oculis fidei cerno. Miserum me, quando sic induruit cor meum! Et oculi me¡ indesinenter non producunt flumina la­crymarum, dum servus sermocinatur coram Domino suo, homo cum Deo, et creatura cum Creatore; qui factus est ex limo cum eo qui omnia fecit ex nihilo». Y después dice: «Dator omnium bonorum Deus, da mihi inter laudes tuas fontem lacrymarum, simul cum cordis puritate et mentis iubilatione, ut perfecte dili­gens, et digne Te laudans, ipso Cordis palato sentiam, gustem et sapiam quam dulcis et suavis es, Domine».

Y primero se había ocupado que, por no tener esta contrición de corazón y fuente de lágrimas, reverencia y temor, era siervo malo, y muy malo. ¿Qué será de nosotros, que ni tenemos estas cosas, ni nos confundi­mos por ello, ni las pedimos con lágrimas, ni tememos el juicio de Dios?

Diga San Ambrosio bienaventurado lo que sentía cuan­do quería celebrar: <,Doce me servum tuum indignum, qui inter cetera dona tua ad officium sacerdotale vocare dignatus es, nullis meis meritis, sed sola dignatione mi­sericordiae Tuae: doce me, quaeso, per Spiritum, tan­tum mysterium tractare ea reverentia et honore, eaque vocatione et timore quo oportet: fac me, Domine Je­su-Christe, per gratiam tuam, semper illud de tanto mys­terio credere et intelligere, sentire et firmiter retinere, dicere et cogitare, quod Tibi placet et expedit animae meae,>. Y después dice: «Quanta enim, Domine Jesu­Christe, cordis contritione et lacrymarúm fonte, quanta reverentia et tremore, quanta corporis castitate et ani­mae puritate, illud divinum et caeleste sacrificium est celebrandum, ubi caro tua in veritate sumitur, ubi san­guis tuus in veritate bibitur». «Quis dignus erit..., nisi tu ipso feceris divnum? Scio, et vere scio, et ipsi Verita­ti tuae confiteor, quia non sum dignus accedere (p. *159*) ad ministerium tuum propter nimia peccata mea et infinitas negligentias meas». Y otras muchas cosas dice, que en é1 se pueden leer, que dan testimonio del conocimiento que tenía de este misterio, y temor y temblor de cele­brarlo, y la instancia con que a.Dios pedía que le enviase su Santo Espíritu para que supiese y pudiese tratar este santo ministerio.

San Jerónimo dice: «Ita ergo age, et vive in monaste­rio, ut clericus esse merearis, et adolescentiam tuam nulla sorde commacules, ut ad altare Christi quasi de thalamo virgo procedas». En la cual palabra dice en suma la limpieza y espiritual hermosura y atavíos de gracia que ha de llevar al altar, ganados y trabajados por todo el tiempo de su vida, como otras veces dijimos. Y de aquí se puede sacar, y de la santidad de su vida y de su espí­ritu, con cuánto cuidado celebraría él estos santos mis­terios. Y con todo lo que se aparejaba, considerando la grandeza de este misterio, no osaba celebrar cada día.

Pues de San Gregorio ya consta con cuánta reveren­cia y temblor celebraría, pues, según arriba hemos ale­gado, dice que se ha de celebrar con mucha contrición de corazón e imitar el sacerdote lo que representa.

**El testimonio de los santos**

19. Antes nos faltaría tiempo y papel que testimo­nios y obras de santos, que nos dan a entender la exce­lencia de la santidad que debe tener quien celebra estos divinos misterios. Lo cual no debemos oír con orejas sordas ni echarlo tras las espaldas; mas poner delante de los ojos estas palabras y ejemplos de santos varones, para en ellos conocer nuestras faltas, llorarlas y procu­rar remediarlas, lo cual no es invención mía, sino doc­trina que el Señor dio, aunque en figura, a los sacer­dotes de la vieja Ley, cuando mandó que les pusiesen, antes que entrasen al altar, un espejo grande, hecho de los espejos de las mujeres que venían a velar en el tem­plo, en el cual se mirasen si iban convenientemente vestidos, según Dios lo mandaba, para ofrecer el sacri­ficio que fuese aceptable a sus ojos. Este acervo de bue­nos ejemplos y de estas palabras es el espejo grande, hecho de particulares espejos, que son cada testimonio por sí. Y no parezca fuera de razón ser figurados estos santos varones en el flaco sexo de las mujeres, porque en (p. *160)* la devoción y recogimiento suelen tener ellas mucha par­te y aun ventaja a no pocos hombres. Y en decir la pala­bra divina, que los espejos han de ser de mujeres que celebran veladas en el templo, son figuradas propiamen­te las almas de los santos varones que, con entrañable devoción del culto divino, velaban las noches en ora­ción, para de día llegarse bien aparejados para tratar estos divinos misterios y oían no con voz sorda aquella palabra del Evangelio, que lo tomaban como dicho a sí mismo, al tiempo de la media noche: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Consideraban el encendido amor con que el esposo de las almas, Cristo, había de venir, cuando fuese de día, a abrazarlos, consolarlos y darles mercedes, y trocaban el sueño en vela, por hallarse apa­rejados para salir a recibir con celestial atavío al esposo celestial que venía en ellos.

**Como el Bautista y San Pedro**

*20.* Pues en tales espejos se mire el sacerdote que va a consagrar, y entre ellos no olvide aquel tan princi­pal, que es San Juan Bautista, que, de solamente echar agua en la cabeza de Cristo se tenía por indigno, y con profundo temblor y reverencia decía: Ego a Te debeo baptizari, et Tu venis ad me? Y a esta cuenta, mayor santidad ha menester un sacerdote y mayor espanto y admiración le ha de tomar, pues trata al Señor con trato más familiar que San Juan Bautista.

¿Qué diremos del bienaventurado padre nuestro San Pedro, que, teniéndose por indigno de estar en una na­vecilla por estar en ella Nuestro Señor, exclamó dicien­do: Exi a me, Domine, quoniam homo peccator sum? Cuya profunda reverencia y religioso temor dio el Señor a en­tender mucho tiempo antes por el profeta Malaquías, diciendo: Pactum meum fuit cum Levi vitae et pacis; et dedi el timorem, et timuit me, et a facie nominis me¡ pa­vebat. Este es San Pedro bienaventurado, al cual el Señor constituyó sacerdote, y sacerdote mayor, ministro de vida y de paz, el cual temió al Señor, y temblaba de la faz de su nombre; que quiere decir que declaraba con el tem­blor del cuerpo el temblor interior del alma. Y no era este temblor cosa de esclavo, pues entrañablemente ama­ba a Cristo Nuestro Señor; mas era profundísima reve­rencia, que procedía del conocimiento de la alteza del (p. 161) Señor y de su propia bajeza. Y, si de sólo estar cerca de Nuestro Señor, temblaba de reverencia, ¿qué haría cuan­do le tuviese presente y le tratase en sus propias manos? Creo que se resolviera todo en devotas lágrimas de ter­nura y amor junto con reverencia, pues se lee de él que no podía acordarse de la dulce conversación que Jesu­cristo Nuestro Señor tuvo con él y los otros apóstoles viviendo en la vida mortal, sin regalarse el corazón y ser sus ojos fuentes de lágrimas. Y como la conversa­ción del Señor en el altar con el sacerdote sea muy más amigable, y San Pedro tenía más lumbre y más amor, que antes que en él viniese el Espíritu Santo con pleni­tud sería tanto el sentimiento, agradecimiento, amor y temblor, que daba gloria a Nuestro Señor y gran consue­lo para su ánimo; mas mucha confusión para nosotros, sus hijos, de vernos tan lejos de la imitación de tal Padre.

**Imitando a María Virgen**

*21.* Y no para nuestra obligación en esto. Porque, según hemos dicho, conforme a la alteza de la dignidad ha de ser el buen aparejo para el uso de ella. Los que di­jimos competir en alteza de vida con la sacratísima Vir­gen María, nuestra Patrona, consagrando y tratando a un mismo Hijo de Dios; ella, siendo niño y en cuerpo mortal; y nosotros, ya grande y glorioso como lo es en el cielo, deben, con mucha justicia, procurar compe­tir con la santidad de ella, si no es en igualdad, sea en semejanza. ¡Oh cuánto se enternece un corazón de un buen sacerdote cuando, teniendo al Hijo de Dios en sus manos, considera en cuán indignas manos está, com­parándose con las manos de Nuestra Señora! Y, cierto, no se pudo hallar espuela que así aguijase e hiciese co­rrer a un sacerdote el camino de la perfección, como ponerle en sus manos al mismo Señor de cielos y tierra que fue puesto en las manos de una doncella en la cual Dios se revió, dotándola y hermoseándola de innumera­bles virtudes. Y con todo eso, ninguna era sobrada para la dignidad del trato tan familiar que tuvo al Hijo de Dios.

**Espíritu de sacrificio**

*22.* No se maraville nadie que se pida a un sacer­dote gracia de oración, que se pida limpieza de castidad, que se le pida muy particular abstinencia, figurada en (p. 162) lo que Dios mandaba a los sacerdotes de la vieja Ley, que, al tiempo que administrasen su oficio, ni bebiesen vino ni cosa que les pudiese embriagar, porque el cuerpo del Hijo de Dios que tratamos, cuerpo glorioso es, y no tie­ne flaquezas de cuerpo, sino sustancia de cuerpo. Y pues el cuerpo del sacerdote que al Señor recibe y trata no puede ser en esta vida glorioso, sea a lo menos, en cuan­to fuere posible, cuerpo limpio; que se pase con poco, que tenga las pasiones mortificadas y, en cuanto fuere posible, semejante al cuerpo espiritual, porque todo lo merece, y mucho más, el santo cuerpo de Cristo, el cual, como precioso licor, no debe ser puesto sino en vaso que tenga semejanza con él. ¿Qué diré más? Que, pues el sacerdote es llamado ángel, y los ángeles en el cielo y alrededor del altar tiemblan de reverencia del Hijo de Dios, grande es la obligación que el pobre sacerdote tie­ne de celebrar bien estos divinos misterios.

**Limpieza de corazón**

23. Y pues tantos y tan claros motivos tiene para mi­rarse si va bien vestido, para parecer agradable y hermo­so a los *ojos* de Dios no lleve *sus ojos* cerrados, por que no oiga aquella terrible sentencia: *Amice, quomodo huc intrasti non habens vestem nuptialem? Y,* atados los pies y las manos, lo echen en las tinieblas de fuera, pues amó las tinieblas de dentro, no queriendo mirar la luz que pudiera declarar sus faltas y enseñarle sus obligaciones, para que cumpliera con ellas: mírese, y remírese, y pida para ello particular gracia del Espíritu Santo, como la pe­dían los santos; y las faltas que en sí conociere, lávelas con abundancia de lágrimas; pues, para significar esto, man­daba Dios en la vieja Ley que, antes que entrasen los sacerdotes a ofrecer sacrificio, se lavasen los pies y las manos en un gran vaso de metal lleno de agua, que esta­ba en la entrada del templo. Y para amonestar la Iglesia a sus sacerdotes esta purificación, aun de cosas muy pe­queñas, con abundancia de lágrimas, ordenó que, antes que procediesen a la consagración del santísimo Cuerpo de Jesucristo, se lavasen las extremidades de los dedos, dando a entender, como dice San Dionisio, que «eos qui ad Sacramenta caelestia conficienda procedunt, ea oportet esse munditia, ut ipsas animae extremas imagines purga­tas habeant; sicque ad reverenda mysteria, quantum fas (p. *163)* est, similitudine puritatis acceder«». Y el mismo dice que, por esta ablución, <,consequitur supremam munditiem, ut in castissimo habitu divinae spei constitutus, ad sequen­tia quoque divina bonitatis imagine prodeat, vinculis om­nibus mortalis affectionis liber ac expeditus, et qui in unius transierit spem».

¿Qué es esto que oímos?, ¿quién llegará a tener esta limpieza tan sobrehumana, imitadora de Dios, que hace pasar al hombre en unidad de espíritu con Dios, para que así trate con suficiente aparejo el semejante a su semejan­te, el santo al santo?

**Humildad sacerdotal**

24. En fin, cosas tan altas pide este oficio sacerdotal, que muchos santos ha habido que, espantados de su res­plandor, no se han atrevido a tomar tal dignidad, y esco­gieron reverenciarla como a señora, y no tomarla por mujer.

San Marcos fue uno de aquellos que, con cortarse el dedo pulgar, pensó escapar de la gran carga que pide este oficio. Muchos santos Padres hubo en el yermo, de vene­rables canas y excelente santidad y de grandes milagros, que, en viendo que los querían hacer sacerdotes, se iban huyendo de sus monasterios a peregrinar por tierras ex­trañas, dando por bien empleado cualquier trabajo por huir el peligro que corre el indigno que toma tal dinidad.

San Martín bienaventurado se fue de la compañía de San Hilario, obispo, porque le quería ordenar de diácono. San jerónimo cuenta de otro que fue menester que lo atasen de pies y de manos para ordenarlo.

Y no es razón que dejemos fuera de este número al bienaventurado San Francisco, el cual, contra toda su vo­luntad, constreñido por la obediencia, se ordenó de diá­cono; y, queriéndole persuadir muchos que, pues ya es­taba en aquel grado, procediese a ordenarse de misa, se encomendó a Nuestro Señor, y con mucho temor y aflic­ción le suplicó le enseñase su santa voluntad, para cum­plirla; y, yendo por un camino pensando en este negocio, y perseverando en pedir lumbre al Señor, le apareció un ángel con una redoma en la mano, clara y transparente como un cristal, llena de un licor claro y resplandeciente, y díjole estas palabras: «Francisco, tan clara como este licor y este vaso ha de ser el alma del sacerdote». Y él, (p. *164)* considerando aquel resplandor y grande limpieza, y co­tejando con ella la disposición de su alma, le pareció, con ser San Francisco, que no llegaba el caudal de su limpie­za a tener suficiencia para celebrar una misa; y quedóle esto tan impreso en el alma, que nunca jamás, por mucho que fuese convidado a ello, se pudo acabar con él que se ordenase de sacerdote.

IV. RENOVACIÓN SACERDOTAL POSTCONCILIAR

**Llamada a la renovación**

25. ¡Oh quién no se pasara de aquí, ni huyera de la hermosura de este monte, sino que se estuviera mirando, en cuán grande estimación ha sido tenida de los santos varones esta honra sagrada del sacerdocio! Pues unos le tuvieron tal reverencia, según hemos dicho, que no se atrevieron a tomarla; y otros, que la tornaron, fue por pura obediencia de Dios y suficientes señales de que El lo mandaba; y como llamados por El, y a órdenes de su mi­sericordia, trataron su santo cuerpo y sangre con mucha reverencia y temblor, con abundancia de lágrimas y de contrición, con amor encendido; y con tener en tanto aquel, rato de la misa, que, para hallarse allí cuales debían, ordenaban toda su vida procurando limpieza y verdadera santidad, y aunque eran ricos en ella, se tenían por faltos, teniéndola en tanto esta dignidad, como es la verdad, que ninguna santidad, por grande que sea, sobra ni iguala con lo que ella merece.

Mas ¡ay!, que somos compelidos a quitar los ojos de los que así reverenciaron este santo oficio, y abajarlos a mirar a otros, cuya vista da tanta pena, cuanto la otra vista consolación; como quien baja del cielo al infierno.

Muy bien empleada fuera para aquí la fuente de lágri­mas que jeremías pedía para llorar, de noche y de día, los muertos de su ciudad. Y aun con mayor causa; porque aquella muerte era de cuerpo, y por ventura para que el alma se salvase; mas los vivos de aquí son muertos en alma; y la causa es aún más dolorosa; pues han menospre­ciado a Dios y maltratádole en su misma persona divi­na. Esto hacemos, y esto somos los malos sacerdotes, que de tal manera tratamos al Señor en el altar, que ningún dolor, de suyo, basta a igualar con tan gran pecado, como en tan santo tiempo, obra y lugar se comete. (p. *165)*

¡Seas para siempre bendito! Constriñóte tu inmensa bondad a descender del cielo a la tierra; y, después que con muchos trabajos predicaste el camino del cielo, e hi­ciste a los hombres copiosas mercedes, esta misma bon­dad tuya que del cielo te trajo te constriñó a subir en la cruz, donde, después de haber padecido grandes tormen­tos, perdiste la vida, para que, muriendo tú, cobrásemos nosotros la vida que por el pecado de Adán habíamos perdido, y también por los nuestros; y para que, viendo nosotros tan grandes señales de amor que de fuera mos­traste, conociésemos el gran fuego de él para con nos­otros que en tu pecho ardía; y, siendo amados, te amáse­mos; y, desconfiada la desconfianza que nuestros pecados nos causan, confiásemos en la misericordia de quien así se entregó por nuestro remedio. Y porque, Señor, cono­cías la dureza de nuestro corazón y cuán presto olvida los beneficios ya recibidos, encumbraste tu amor, que no tiene tasa, y ordenaste por modo admirable cómo, aun­que te fueses al cielo, estuvieses acá con nosotros; y esto fue dando poder a los sacerdotes para que con las pala­bras de la consagración te llamen, y vengas tú mismo en persona a las manos de ellos, y estés allí realmente pre­sente, para que así seamos participantes en los bienes que con tu Pasión nos ganaste; y la tengamos en nuestra me­moria con entrañable agradecimiento y consolación, amando y obedeciendo a quien tal hazaña hizo, que fue dar por nosotros su vida.

**Ser signo de Cristo**

26. La intención del Señor ésta fue; y la misa repre­sentación es de su sagrada Pasión de esta manera: que el sacerdote, que en el consagrar y en los vestidos sacer­dotales representa al Señor en su Pasión y en su muerte, que le represente también en la mansedumbre con que padeció, en la obediencia, aun hasta la muerte de cruz, en la limpieza de la castidad, en la profundidad de la humil­dad, en el fuego de la caridad que haga al sacerdote rogar por todos con entrañables gemidos, y ofrecerse a sí mis­mo a pasión y muerte por el remedio de ellos, si el Señor le quisiere aceptar. Y, en fin, ha de ser la representación tan verdadera, que el sacerdote se transforme en Cristo, y, como San Dionisio pone, *en semejanza de uno;* siendo tan conformes, que no sean dos, mas se cumpla lo que (p. *166)* San Pablo dice: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est.* Esta es la representación de la sagrada Pasión que en la misa se hace; y esto significa tender los brazos en cruz el sacer­dote, el subirlos y bajarlos, sus vestiduras, y todo lo de­más. Y con esta tal representación, el Eterno Padre es muy agradado, y el Hijo de Dios bien tratado y servido.

**¿Crucificar a Cristo de nuevo?**

27. Mas, ¡ay dolor!, que se ha tornado muy al con­trario la representación. Pues el sacerdote malo no repre­senta a Cristo Nuestro Señor, sino en las palabra y en lo de fuera; mas en las costumbres y el tratamiento repre­senta a los que le causaron su muerte y amarga Pasión. Cosa agradable es la primera representación, y muy la­mentable esta segunda. ¿Quién pensara, ¡oh Rey eterno!, que, después de haber cumplido la penosa obediencia de tu vida trabajosa y muerte de cruz que el Padre te puso por nuestro remedio, y después de haber resucitado en cuerpo glorioso, subido a los cielos con glorioso triunfo de la muerte y pecado, y sentado a la diestra del Padre, reverenciado, alabado y amado de ángeles y santos que están en el cielo, te quedaba, Señor, negocio en la tierra, en que tu misma divina Persona fuese menospreciada con tal trato, que tuviese semejanza con tu Pasión?

El jueves de la Cena, en la noche, cenando el Señor con sus discípulos, y judas con ellos y uno de ellos, dijo el Señor: *Ecce manus tradentis me mecum est in mensa. Y lo* mismo, como dice Beda, dice el Señor a los ángeles, que está en el altar en manos del mal sacerdote. Y si el otro Judas le dio beso fingido de falsa paz, acá por cierto no falta más. ¡Qué desabridos, Señor, y cuán amargos son los besos que te da en el altar el mal sacerdote; y con cuánta razón le dirás lo que al otro dijiste: *Juda, osculo filium hominis tradis?* El beso es señal de paz y de amor interior, y de que los corazones están juntos y la voluntad una. ¿Qué tienes tú, mal sacerdote, con dar por de fuera beso de paz, teniendo en lo de dentro tan gran desconfor­midad con la voluntad de Cristo, que por contentar tus pasiones traes contra él guerra cruel, y te haces uno de aquellos, y aun peor, «qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum»? ¡Oh qué distancia que hay, y qué diferencia de la inmundicia de la tal boca a la limpieza que ha de tener la que se llega a dar paz al (p. *167)* purísimo Señor, amador y autor de la misma limpieza! ¡Ay dolor!, que, con los mismos labios que una y mu­chas veces han besado a la mala mujer, con aquellos mis­mos es sacrílegamente besado el Hijo de Dios, y entrega­do, aunque no a sayones, como Judas lo hizo, mas a miembros sucios y pecadores, como dijo Beda.

**El sentido de pecado**

28. ¿Qué tiene que ver tinieblas con luz y Belial con Cristo? «Quid tibi cum feminis-dice San jerónimo-, qui ad altare confabularis cum Christo?\* Si hubiera *ojos* tan aguileños que pudiesen claramente ver la limpieza de Cristo y la fealdad de la deshonesta lujuria, creo caería el hombre muerto de dolor y espanto, viendo que un hombre deshonesto osa tratar, besar y recibir a Cristo, fuente de toda limpieza. En la Pasión fue mirado de sus enemigos con terribles *ojos;* aquí es mirado con ojos deshonestos, que se han cebado hasta no más en mirar con deshonestidad lo que no debían. ¿Y por qué se ha de consentir que el pecho que se juntó con la mala mu­jer se junte con Cristo, y le sea más desabrido tal abraci­jo que el estar abrazado y apretado su sacratísimo pecho en la columna en que fue azotado en casa de Pilatos?' ¿Qué dirá de las manos con que el mal sacerdote lo trata?

Habiendo el Señor mandado en la Ley, según hemos dicho, que el sacerdote que hubiera tocado un ave o ani­mal muerto no pueda llegar al altar a tocar los sacrificios que no eran más que otros animales; manos ensangren­tadas con malas obras, manos que han tocado las inmun­dicias que tú, Señor, sabes; manos muy propias para dar al Señor bofetadas, tocándole indignamente, que le sean más lastimeras y causadoras de mayor dolor para su al­ma (si padecer pudiese) que las bofetadas de los sayones le causaron en su benditísima faz. De esto se espanta San Bernardo diciendo: «Audent agni immaculati sacras con~ tingere carnes, et intingere in sanguinem Salvatoris ma­nus nefarias, quae paulo ante carnes (proh dolor) me­retricias attectaverunt!» Y dice el mismo Santo que de estos tales hay muchos; y siendo razón que, conociendo su indignidad, la lavasen con lágrimas allí en el altar, no hay nada de eso; mas, con temeraria osadía, proceden adelante, hasta abrir la boca para recibir al Señor. (p. *168)*

***El pecado en el sacerdote***

*29.* ¡Oh Rey eterno!, ¿qué sientes, qué dices, qué piensas cuando ves sobre ti abierta una boca sucia, oscu­ra, ensangrentada, para tragarte, corno lobo a cordero? Mas, qué le preguntamos lo que muchos años ha que El vio, antes que se hiciese hombre; y entonces dijo, y se quejó de lo que ahora pasa: *Aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens.* Más terrible león es para el alma del Hijo de Dios la boca del mal sacerdote que aquellos airados pontífices y crueles sayones que abrían sus bocas deseándolo despedazar, fueron para su sagrado cuerpo.

El Señor sufre y calla como manso cordero; porque, así como cuando vino al muno no a juzgarle, sino a hacer penitencia por nuestros pecados, siendo injuriado y lla­mado samaritano y endemoniado, no se vengó, mas res­pondió: «Yo no busco mi honra, *sed est qui quaerat et ¡ud¡cet»;* así, aunque se ve tragar de boca tan indigna, su­fre y calla, y remite la causa a su Padre, quejándose de este tal Judas como se quejó del otro, diciendo: *Deus, ne tacueris, quia os peccatoris et os dolos¡ super me apertum est. Y* cuando más Cristo calla, más alto, «et sicut partu­riens», hablará su Padre, castigando gravemente al tal pecador que abrió su boca para tragar a su Unigénito Hijo; boca inmunda con deshonestidades y gula; lengua que ha tratado mentira, jactancias, palabras de ira y des­honestas, y que ha mordido y comido carnes de prójimos, diciendo mal de ellos, infamando sus vidas. Estos son de quienes la Escritura dice que hay gente que tiene por armas y por saeta aguda sus dientes; y que la lengua de ellos es aguda navaja y saeta que hiere. Con esos dientes y lengua desuella el mal sacerdote y desmenuza en su boca a su prójimo; y quédale la boca ensangrentada de la sangre que ha bebido; como un perro que en la carnice­ría bebe la sangre de los animales que allí se degüellan; y con boca ensangrentada con la sangre del prójimo, que es hijo adoptivo de Dios, va a recibir al altar a Jesucristo, que es Padre de aquel cuya sangre lleva en la boca.

¡Oh qué desabrida cosa para un Padre que tanto quiere a sus hijos! Mas, al fin, este trago le hace pasar un mal sacerdote, y tomando a Cristo en la boca, le mete en un pecho más lastimero para él que la misma cruz en que fue puesto: porque en aquélla estuvo Cristo colgado, co­rno dice San Agustín, de su voluntad propia, y con mu­cho contentamiento, por que con aquella tan áspera cama se limpiasen nuestras almas de los pecados, y morase en ellas, limpio en limpias; y viéndose ahora metido en un pecho, que de él al infierno hay poca diferencia (pues lo principal del infierno es haber pecados en él), no puede ser sin mucho dolor (si ahora lo pudiese sufrir) de ver sus trabajos perdidos, derramada en balde para con aquél su sangre, curada Babilonia y no haber sanado. El Señor es ahora impasible, y dolor no cabe en él; mas, cuando pudo caber, que fue viviendo en la vida mortal, entonces supo estos desacatos que se le habían de hacer, y grave­mente amargaron su alma, por ser tan graves pecados.

**Pérdida del temor de Dios**

*30.* Consagrado, pues, Cristo, y recibido no en sepul­cro nuevo, más en un revolcadero de puercos infernales; acabada el sacerdote su misa y dicha muy aprisa, sálese a sus negocios, y tórnase a sus pecados, sin respeto, temor ni vergüenza de la traición que ha hecho al Señor, para que así sea semejante a la desvergüenza de Judas, que ni el respeto a la presencia del Señor, ni la lealtad que se debe a los que juntos comen en una mesa, ni las amena­zas ni las blanduras del Señor, ni el haberlo recibido en su pecho como los otros apóstoles, le movieron al arrepen­timiento y sentimiento de su pecado; ni le estorbaron a salir de la presencia del Señor a poner en efecto la maldad de su corazón.

Grave cosa es, dice San Bernardo, hablando dula mis­ma materia, tal desvergüenza. Porque cuando el hombre viene a endurecerse, y no ha miedo, ni se espanta ni tiembla, ya entonces cosa es de desesperación. <,Qui enim horum sibi conscius, omnibus, tamquam qui iustitiam fecerit, divino sese vultui sistere non veretur; tanquam domesticus intrat et exit, Magistrum salutat, genua flec­tit, osculatur ore sacrilego, dolose agit etiam in conspectu Dei, ut inveniatur iniquitas eius ad odium: odibilis plane Deo, probrosa temeritas, et impudentia execranda». Han perdido el temor a Dios, y la vergüenza a los hombres, y por esto su miseria es mayor, su remedio más dificultoso; porque, como San Crisóstomo dice: «Laici, si peccant, facile emendantur; clerici, si delinquunt, inemendabiles evadunt».(p. *170)*

Cosa triste que un pecador y un rufián tiemblen de una amenaza de Dios, oyendo un sermón, y tengan alguna re­verencia al templo de Dios, y altar, y sus cosas; y el sacer­dote ha perdido el temor con la mucha comunicación. Amor no lo tiene, ni sabe qué es. ¿Qué le falta para ha­cerse semejante a Judas en vida y muerte? Y siendo tan desagradable a los ojos de Dios, es tan profunda su ce­guedad, que le parece que, aunque la noche pasada haya cometido un pecado de carne, con reconciliarse, sin dolor, sin propósito de nueva vida, sin quitar las ocasiones (¡ay dolor!, muchos se tienen la mala compañía en su casa y luego se tornan a ella...), y con esta confesión y absolu­lución recibida de otro «qui in eadem damnatione est», osa llegarse al altar, y maltratar al Hijo de Dios. ¿Qué será de ellos? «Irritara quis faciens legem Moysis, duobus vel tribus testibus, sine miseratione moritur. Quanto ma­gis putatis deteriora mereri supplicia, qui filium Dei con­culcaverit, et sanguinem testamenti, in quo sanctificatus est, pollutum duxerit, et spiritui gratiae contumeliam fecerit? Scimus enim, qui dixit, mihi vindicta et ego re­tribuam; et iterum: Judicabit Dominus populum suum». Y con qué juicio, luego declara, diciendo: «Horrendum est incidere in manus Dei viventis».

**Un fracaso posible**

31. Diferente ha de ser el juicio del sacerdote, pues diferente es su dignidad: «Caeleste tenet officium; ange­lus Domini exercituum est; tanquam angelus aut eligitur, aut reprobatur: inventa in angelis pravitate, et districtius iudicetur necesse est, et inexorabilior quam humana». Esto dice San Bernardo, diferenciando el juicio y castigo de los sacerdotes del juicio del pueblo común, y compa­rándolo con el juicio y castigo de los demonios. ¡Oh mi­serable de ti, dice el mismo Santo contra el que siendo indigno procura el sacerdocio: «Quo progrederis? an ut ab altiori gradu sit casus gravior? Nec enim sic paulatim decides sed tanquam fulgur, in impetu vehementi; quasi alter Satanas, subito deiicieris». Así cayó Satanás, y así murió Judas, y así mueren muchos de éstos, semejantes a ellos; unos súbitamente, sin poderse confesar ni hablar; otros obstinados y desesperados, que, aunque pueden, no quieren; otros, blasfemando y escupiendo la Cruz, por justo juicio de Dios; y muchos de ellos, con la mala com­pañía (p. 171) en casa; y otras veces, a la cabecera de la cama del miserable sacerdote que se está muriendo. Justicia justí­sima de Dios, que sea castigado con eternos tormentos el que holló al Hijo de Dios; y el que lo huella, como dice la *glosa,* es «qui peccat sine timore et poenitentia, et qui indigne communicat»; y entrambas cosas, y aun otra ter­cera que es celebrar, caben en el mal sacerdote. Este en­sucia, cuanto en sí es, la purísima sangre de Cristo, en la cual fue santificado cuando por ella le fueron perdonados sus pecados, recibiendo debidamente los Sacramentos: hace injuria al Espíritu Santo que se infundió en él, y le dio su gracia en el santo bautismo, y le dio su virtud para poder consagrar; y quien a Padre, Hijo y Espíritu Santo tan gravemente desacata e injuria con vida tan profana y traición como la de Judas, con mucha justicia muere, de manera que ni en corazón ni en lengua haya contrición, ni confesión para salud; que así murió el otro reventa­do, y no echando el alma por la boca, como hacen los otros.

**Condolerse con Cristo**

*32.* ¿No habrá quien se adolezca de miseria tan gran­de, que unos oficiales de Dios, sublimados en tanta hon­ra, que tantas veces lo tuvieron en sus manos, a quienes los ángeles hacían reverencia, desciendan de tanta altezay prosperidad a tormentos de infierno, y más graves que los de los otros; y sean esclavos perpetuos de los demo­nios, a los cuales ellos mandaban acá? Quéjase el rey Saúl: *Non est qui vicem meam doleat:* quéjase el Hijo de Dios en la cruz, que no halló quien le consolase; y qué­jase ahora, y muy grave y muy justamente, de que no haya quien torne por su honra y la ponga en el lugar debido. Muévanse con queja tan justa del Hijo de Dios; muévanse con la triste condenación de tantos sacerdotes; muévanse con la compasión de los males que por este pecado vienen al pueblo cristiano, los que pueden poner en ello remedio, cada uno según su manera; porque no hay corazón, si un poco de conocimiento de Dios tiene, que pueda sufrir tanto menosprecio de Jesucristo, tanta perdición de almas, tantos males de diversas maneras. Y tú, Señor, Padre Eterno de tu Unigénito Hijo, celador de tu honra, «numquid super his continebis te, Domine? Tacebis, et affliges nos vehementer?» Habla, Señor, por (p. *172)* tu misericordia, enviando tu Espíritu Santo en los cora­zones de aquellos que lo pueden remediar, y favoréceles tú, para que salgan con ello.

**El dolor de la Iglesia**

33. Posible es que haya aquí alguno a quien parez­can encarecimiento y no verdad estos males que de la clerecía contamos. Yo deseo que fuese así; mas quien quisiere informarse de lo que pasa, y, con el profeta Eze­quiel, cavar esta miserable pared, verá tan grandes abo­minaciones en esta Babilonia, que le muevan a mayor compasión y desmayo que la perdición de la otra terre­nal movió al profeta Isaías. Y si aún no quisiere descen­der a tocar con las manos tan hediondo cieno, considere una gente que, desde muchachos, se crió sin obediencia, sin clausura, sin devoción, y con ruines compañías, y yendo de día y de noche a donde se les antojaba, lleván­dolos sus inclinaciones que de Adán heredaron, sin te­ner freno ni quien les vaya a la mano, y, en fin, viviendo con la miseria de sus apetitos, y en tiempo del fervor de la mocedad, y con muchas ocasiones para el mal, y sin los reparos necesarios para salir un hombre vencedor contra enemigos tan fuertes; echar estos tales sobre sí una carga que es para hacer temblar a hombros de án­geles, que pide limpieza de cuerpo y de alma, y usada por muchos años, de todo lo cual carecen, y todo lo con­trario tienen, y casi convertido en naturaleza por la larga costumbre: ¿qué frutos se han de esperar de estas tan malas raíces (si Dios no hace un milagro, o casi milagro), sino los tristes y amargos que ven nuestros *ojos, y hacen dentera a la Madre Iglesia,* porque «•filius stultus moesti­tia est matris suae?»

La vida del sacerdote ha de ser que carezca de pecado mortal desde que se bautizó; y esto quiso decir San Pa­blo cuando dice que el que ha de ser presbítero, ha de ser «sine crimine»; porque no basta, como San Jerónimo dice, que si ha pecado, lo haya llorado; sino que se re­quiere que no lo haya hecho. Y esto no va fuera de ra­zón; pues en los legos tiene la Escritura divina y los san­tos por cosa muy grave, y habla de ella con grandes en­carecimientos, el pecar mortalmente después de ser uno recibido por hijo de Dios en el santo Bautismo: con cuánta mayor razón se pedirá esta limpieza y lealtad al (p. 173) que es elegido para relicario de Dios y para un trato tan familiar, que no se debe encomendar a quien ha sido traidor al Señor.

**Falta el sentido de Iglesia**

34. La gente que esto hace son, ordinariamente, sacerdotes pobres y de gente del pueblo, cuya necesidad del comer corporal les hace frecuentar este divino mis­terio. Otros hay gente más principal, *en nada aficionados a ser de la Iglesia;* ni suspiran por aquella bienaventura­da contratación que hay entre Dios y el sacerdote, ni aun la estiman en mucho; porque ser sacerdote sólo, no les hinche el seno de sus terrenales deseos. Estos, si en­tran en la Iglesia, no es porque elijan ser bajos en la casa del Señor más que ricos en el mundo; y, si se les ofre­ciera buen aparejo para casarse, aquello eligieran; sino porque en ello se les ofrece mayor materia para sus ri­quezas y descanso que no en el mundo. Y, como con este fin entran, después de entrados, gustan poco, o muy poco, del decir una misa; y, si la dicen, es porque la pre­benda les obliga a ello, o por no dar nota de malos cris­tianos; y así, dícenla pocas veces y con tibieza; y como no la estiman, ni tienen la santidad ni aparejo que con­venía, no gustan de ella; y los que mejor aparejados les parece que van a decirla, a duras penas llevan aparejo para bien comulgar como legos, sin. saber por experien­cia aquella fuerza de oración que por el pueblo y el mun­do les es pedida, y sin tener la santidad que este oficio demanda. Y quien esto hace es estimado en mucho, por­que les parece que una persona rica y principal, decir misa de aquella manera es una grande hazaña, y que como tal debe ser estimada y agradecida. Y dicen ver­dad, si cotejan a éstos con otros de sus prendas, que hay que dicen misa con vida tan deshonesta, y públicamente deshonesta, sin ser nadie parte para remediarlo. Mas el juicio de Dios, que, según su justicia, ha de juzgar a cada uno por sí, no justificará la falta menor, porque haya otra mayor.

**Situación penosa**

35. De lo dicho parece claro cuán caída está la Igle­sia en esta parte tan principal de ella como es el sacerdo­cio; cuán deturpada su faz; cuán ciegos *sus ojos;* cuán (p. *174)* muda su lengua; y cuán poco socorro de oración dan a la Iglesia los que lo tienen por oficio y obligación; antes están tales que han menester socorro de oraciones aje­nas que se opongan a la ira de Dios, para que no los castigue. Y así el Señor busca, según dice en Ezequiel, varón que resista a su ira, y se oponga contra él en favor del pueblo. Y como no lo halla, derrama su indignación sobre su pueblo, según por experiencia lo leemos más en nuestros azotes que en los mismos libros. Y aunque algunos sacerdotes haya que hagan su oficio mediana­mente, más aun éstos faltan de su alteza que esta digni­dad pide; y son tan pocos en comparación de los malos, que la menor parte es vencida de la mayor.

V. LOS PÁRROCOS

**La dignidad y santidad del pastor**

36. Muchas cosas se requieren para cumplir con la obligación del oficio de cura de almas; porque, si mira­mos a la dignidad sacerdotal que le es aneja, conviene tener ferviente y eficaz oración y también santidad, se­gún arriba se ha dicho; lo cual ha de ser con tanta más ventaja en el cura cuanta mayor y más particular obli­gación tiene de dar buen ejemplo a sus parroquianos, y de interceder por ellos ante el divino acatamiento de Dios, con afecto de padre y madre para con sus hijos, pues se llama Padre de sus parroquianos. Y si se mira cuántas y cuán diversas son las ocupaciones que pide su oficio, se verá cuán a la mano y convertido en naturaleza le conviene tener el uso de la santa oración; porque no es cosa fácil tener oración y devoción entre muchas ocu­paciones, aunque sean buenas. Y de la misma causa vie­ne ser menester que su santidad sea muy firme; porque hay en su oficio tantas ocasiones de perderla, como la razón y la experiencia lo dan a entender, y San Juan Cri­sóstomo lo pondera; y San Agustín se maravilla mucho de los que, en este oficio, tienen en pie la virtud.

**Santificación en el ministerio**

37. Allende de esta obligación que tiene de ser buen sacerdote y de guardar su propia conciencia, sucede el tener por oficio ayudar y enseñar las almas de los feli­greses; cosa que requiere, como San Gregorio dice, no (p. 175) menor santidad que para ofrecer el santo sacrificio del altar. Y San Crisóstomo, ponderando esto, dice que a quien se le encomiendan las almas le es encomendado el Cuerpo místico de Jesucristo, para que lo cure y for­talezca y lo hermosee con tantas virtudes, que sea digno de ser llamado cuerpo de tal cabeza, que es Jesucristo. Lo mismo les dice San Pablo, en sentencia, en aquellas palabras: *Despondi enim vos, un¡ viro virginem castam ex­hibere Christo.* Gran negocio es encargarse un hombre de doctrinar a una Esposa de un Rey muy grande, y ponerle tales costumbres, que den contentamiento al Rey, siendo ella flaca en la virtud, y no de mucha pru­dencia, y no muy obediente a su ayo.

Y así, el Señor manda a los pastores de las ovejas ra­cionales que esfuercen lo flaco, que sanen lo enfermo, que aten lo quebrado, que reduzcan lo desechado y bus­quen lo perdido; para lo cual son menester muchas y muy buenas partes; porque no en balde dijo San Gre­gorio: «Ars artium, regimen animarumi>. Menester es mucha prudencia para saber llevar a tanta diversidad de gentes, y aplicar a cada uno su medicina según a cada uno conviene; menester es mucha paciencia para sufrir importunidades de ovejas sabias y no sabias; y que le dé Dios, como a jeremías, una faz tan fuerte como dia­mante y pedernal, para que no sea vencido por amena­zas y malas obras de los que no consienten que los sa­quen de sus pecados, ni que los reprendan, ni que los curas hagan su oficio. Conviene ser como el profeta, que dice: *Repletus sum fortitudine Domini, ut annuntiem Iacob scelus suum,* virtud tan necesaria para los que tienen oficios públicos, cuan rara de haber; porque pocos hay que el querer complacer a amigos y el temer desplacer a enemigos no les toque en poco o en mucho.

**Predicación y estudio**

38. Quien es médico, ciencia de medicina ha de te­ner para enseñar; y lo que el cura ha de enseñar es la fe y costumbres cristianas. En el principio de la Iglesia era oficio del diácono catequizar a los que habían de ser cristianos, instruyéndoles en los artículos de la fe y pur­gándolos de las malas costumbres mundanas en que, como gentiles, se habían criado. Y, después de bautiza­dos, era a cargo del cura alumbrarlos en el (p. *176*) conocimiento de los santos Sacramentos, como dice San Dionisio, e instruirlos con buenas amonestaciones de vida, como dijo San Clemente Papa. Mas ahora, como cesó el oficio de los diáconos, está a cargo del cura enseñar a sus pa­rroquianos lo que les conviene obrar para que se salven. Y para que esto se haga con fruto, menester es que el tal cura sea medianamente docto en la Ley de Dios que está en su Santa Escritura; porque en ella está lo que convie­ne, para estos efectos, como dice San Pablo: *Omnis Scrip­tura divinitus inspirata, utilis est ad docendltm, ad arguen­dum, ad corripiendum, ad erudiendum in iustitia: y* así, conviene que sepa la Sagrada Escritura, aunque no las dificultades, mas lo llano de ella.

Y porque los santos Doctores, como alumbrados de Dios y experimentados en las curas de las enfermedades espirituales, han escrito muchas cosas muy provechosas para el conocimiento y medicina de las tales enfermeda­des, y muy saludables recetas para conservar la salud alcanzada y para enseñar y persuadir el camino de Dios, conviene que el cura sea leído en la lección moral de los santos; pues, sin ella, ni entenderá seguramente la Sa­grada Escritura, y hará muchos yerros en la cura de las almas, por no aprovecharse de los avisos de los médicos que Dios nos dio.

**Orientar y dirigir**

39. No sólo el cura es médico y maestro, mas tam­bién es juez. Y para dar sentencias, con que abra y cierre el cielo a sus súbditos conforme a la voluntad de Dios, conviene que también tenga conocimiento de particula­res cosas de conciencia, que se tratan en Concilios y Derecho canónico y Sumas de hombres doctos en esta facultad. Y para cumplir bien con tantas obligaciones, menester es mucho favor del Señor, mucha diligencia del cura; pues que, como dicen los santos, las condicio­nes que el Apóstol pide al que ha de ser buen obispo, las mismas se piden, aunque no con tanta perfección, para hacer bien el oficio de cura.

Y también le conviene el oficio de ser atalaya; y por esto, a los presbíteros de Efeso llamó San Pablo obispos; y también se llaman pastores, y a ellos también dicen las amenazas del Señor contra los pastores que no hacen lo que deben. Y particularmente el apóstol San Pedro (p. *177)* habla con ellos, diciendo: *Seniores qui in vobis sunt... ;* o, según el griego, *Presbyteros,* etc. Y en parte corren mayor peligro que los mismos obispos, porque tienen trato más particular con personas de diversas maneras, que causan más vehementes peligros cuanto más de cer­ca se tratan; y por eso ha de estar muy entero en toda virtud, y especialmente en el uso del santo Sacramento de la Penitencia, en el cual ha menester mucha pruden­cia, caridad, castidad, eficacia en la palabra y ferviente oración. Sobre todo conviene al cura tener verdadero amor a Nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo, que le coma el corazón con pena de que Dios sea ofendido, y le haga procurar cómo las tales ofensas sean quitadas, y que sea honrado Dios, y muy reverenciado, así en el culto divino exterior como en el interior, teniendo para con Dios corazón de hijo leal, y para con sus parroquianos de verdadero padre y ver­dadera madre. Tales deben ser los curas cristianos, que no tengan necesidad que otro mire por el alma de ellos, porque, como San Gregorio dice: «Hi quibus adhuc alie­na auxilia necessaria sunt, ad subveniendum aliis pro­movendi non sunt».

VI. LOS CONFESORES

**El ministerio de la confesión**

*40.* Muy cercano es el oficio de medicinar almas que incumbe al cura, al de los confesores aunque no sean curas; el cual oficio ha de hacerse bien. Es tan importan­te para el bien de la Iglesia, que, a frecuentarse por bue­nos confesores, estaba andado mucha parte del camino para la reformación de la Iglesia; porque, tarde o tem­prano, todos los fieles se confiesan; y, si cayesen en ma­nos de ministros que tuviesen arte de medicinar almas y celo de la salvación de ellas, cierto andaría el pueblo cristiano a muy diferente paso del que ahora anda.

Cuáles hayan de ser las partes que haya de tener el confesor, cura o no cura, declaradas están en la clemen­tina *Dudum de sepulturis,* cuyas palabras son éstas: «Eli­gere studeant personas sufficientes, idoneas, vita proba­tas, discretas, modestas atque peritas, ad tam salubre ministerium atque officium exequendum».

En este santo Sacramento no solamente se curan almas (p *178*) enfermas, mas se resucitan las muertas; y, como San Bernardo dice: «Magnum sacramentum est animae suscitatio». Y muchas veces acaece ser cosa tan difícil poner al penitente en una razonable disposición, para que sea capaz del fruto de la absolución sacramental, que ha menester el confesor mucha prudencia, pacien­cia, y sobre todo caridad, que le haga gemir y orar al Señor y hacer penitencia; por que, por su misericordia, dé lumbre y gracia a su penitente. Y para cumplir con este oficio, muy justamente pidió la clementina las con­diciones ya dichas, y ninguna es sobrada.

**Renovación**

41. Cotejadas las condiciones que se requieren para el buen uso del ministerio de curas y confesores con las que ahora tienen los que ahora ejercitan estos ministe­rios, dan causa de grave dolor; pues, por maravilla, hay quien las tenga todas, y muchos carecen de las más; y otros están sin ninguna.

La buena vida que para esto se requiere ha faltado tanto, que ha sido menester hacer caso de Inquisición lo que entre confesores e hijos de penitencia pasa. Y no ha sido en balde; pues se ha visto por experiencia ir tan­to concurso de gente a denunciar de ello a los jueces de la fe, como suele haber en una gran solemnidad, o gran jubileo, en tierra de gente devota. Hanse averiguado co­sas muy feas, indignas de ser habladas y bastantes para provocar la ira de Dios y castigar su pueblo con recios azotes. Y por aquí se puede sacar los graves yerros e in­tolerables estragos que en las almas hacen estos tales ministros, tanto más peligrosos cuanto menos pueden salir a juicio exterior para ser remediados.

**La raíz del mal**

42. Pues si miramos a la ciencia que deben tener los dichos ministros, tampoco la hay, como es cosa notoria aun a los ciegos. Y esto mismo ven los prelados; mas, si algún hombre les dice que por qué consienten tales mi­nistros, respóndenle: Dadnos vosotros mejores y tomar­los hemos; no tenemos otros; tomamos lo menos malo de lo que hallamos. Y si los prelados no tuvieran obli­gación a criar buenos ministros (de lo cual se hablará adelante), parece tener apariencia; porque, estando las (p. *179)* cosas como están, no es de maravillar que haya tales ministros. Educación ni aparejo para alcanzar virtud no la hay; y así, con la soltura que viven antes que sean ordenados, con ésa viven después. Pues oír casos de conciencia, y de conciencia moral, ¿dónde? Que en sie­te o más universidades que en estos reinos de Castilla hay, en ninguna de ellas se leen; y poco aprovecha para este intento que se lea en ellas Teología y Derecho ca­nónico; pues los que administran estos oficios no se quieren poner a estudios tan largos, y a muchos falta la posibilidad para mantenerse en las dichas universidades; y si alguno la tiene, no se quiere poner en esos trabajos; y si quiere, y sale con ello, pretende volar a ganancias mayores, y no se quiere abajar a trabajo de curas y de confesonario, salvo si no es para oponerse a algún cu­rato de gruesa renta, con tan poco fruto de los parro­quianos como se sigue de los otros que no tienen ciencia. Y de esta manera, así como Jesucristo Nuestro Señor, en el Sacramento del altar, es indignísimamente tratado por sus ministros; así su santo Cuerpo místico, que son las almas de los fieles, es malamente despedazado y de­turpado por culpa de los malos ministros, tornándose lobos los que habían de ser pastores; haciendo carnicería en las almas los que habían de vivificarlas; teniendo cuenta con sus regalos e intereses, y dándoseles muy poco por el aprovechamiento de sus ovejas: «Curabant cum ignominia contritionem filiae populi me¡, dicentes: pax, pax, et non erat pax». Absuelven a quien Dios no absuelve; y con aquello, «confortant manus pessimo­rum». Y así, el oficio de curar almas en la confesión y fuera, es hecho sin fruto, y provocativo de la ira de Dios contra su pueblo.

**La doctrina conciliar**

43. Al santo Concilio de Trento se dio noticia de este mal; y, para algún remedio de él, mandó que nin­guno fuese ordenado de misa si primero no supiese administrar bien los Sacramentos de la Iglesia, y princi­palmente el de la Penitencia; y movióse a ello, por ser informado que en algunas partes en particular se leían casos de conciencia, y no se podía acabar con los sacer­dotes que la oyesen; y si la oían, no la estudiaban; y po­nían tantos impedimentos para lo uno y otro, *(p. 180)* que cansaban al lector y al prelado. Y estos que, en siendo or­denados, tanto aborrecen las letras, son tan codiciosos de recibir el orden sacerdotal, que, sabiendo que no lo han de alcanzar si no estudian primero, se sujetan al estudio por salir con aquella empresa.

Mas esto, tan santamente decretado, como cosa en que intervino el Espíritu Santo, no lo guardan los pre­lados; y debe ser porque, en los más de los lugares, no hay quien lea casos de conciencia, y, por que no les cueste algunos dineros el poner quien los lea, ordenan a quien no los sabe; y de estos tales salen los confesores y curas.

**No se cumplen los decretos conciliares**

44. También se mandó por el mismo Concilio, para este mismo efecto, que ningún presbítero, ni secular ni religioso, pudiese confesar, si no fuese examinado por el ordinario. Ya no se guarda, o tan mal guardado, que se están las cosas como de primero. Y estaban tan mal, así en los clérigos seculares como en muchas religiones, aun de las mendicantes, que era cosa que no se debía sufrir, por el grave daño que a las almas se seguía, así por la ignorancia de los confesores como por la mala vida de ellos; porque los males que se han averiguado en estos negocios han alcanzado a los unos y a los otros.

VII. LOS PREDICADORES

**Anunciar la Palabra**

45. El oficio de los predicadores de la Palabra de Dios es comparado a muchas cosas temporales, para que por ellas, como por rastro, vengamos en conocimiento de la alteza de este ministerio. Son llamados *cielos,* por­que como estos materiales manifiestan la gloria de Dios, ellos, con más claridad, predican las perfecciones de Dios y son gente deputada para glorificar al Señor; de los cuales se entiende lo que dijo Isaías: *Plantatio Do­mini ad glorificandum;* y en otra parte: *Populum istum creavi mihi; laudem meam narrabit.*

Dichoso oficio, por el cual Dios es engrandecido en los corazones humanos y estimado por digno de ser te­mido y reverenciado y amado. Mas, porque la divina bondad tiene por honra el hacer bien a los hombres, y (p. 181) quiere mostrar su grandeza, dales remedio para su sal­vación, tomando por medio para salvar a los hombres a los mismos predicadores, que quiso que fuesen ins­trumento para glorificarle a El. Y así, de estos cielos se entiende lo que el Señor dijo por Isaías: *Quomodo de­scendit imber et nix.* La Palabra del Señor en boca de sus predicadores riega la sequedad de las almas, como lluvia del cielo venida; y, embriagadas con dulce amor del Se­ñor, les hace dar frutos de buenas obras. Y por experien­cia se ve que el pueblo donde hay predicación de la Pa­labra de Dios se diferencia de aquel donde no la hay, como tierra llovida y fértil de la seca, que, en lugar de fruto, da abrojos y espinas. Mas porque la tierra, aunque llovid.a, ha menester, juntamente con su humedad, ser ayudada del calor del sol, son también los predicadores comparados al mismo sol; porque, con el calor y fuego de la Palabra de Dios, producen en las almas fruto pro­vechoso a quien lo hace, y sazonado y sabroso al Señor; y, con alumbrar el entendimiento, dan conocimiento de Dios y enseñan el camino del cielo, alumbrando de los tropiezos que en él se pueden ofrecer.

**Cristo, Palabra de Dios**

46. Y por no contar cada cosa de por sí de lo mucho que en esto hay que decir, lo sumaremos en que esta Palabra que del cielo descendió a este mundo, vino ha­ciéndose hombre; el cual alumbró la tierra con su doc­trina y ejemplos como verdadero sol y verdadera luz, y embriagóla, consolándola y alegrándola, dando vista a los ciegos, oído a los sordos y salud a los enfermos de grandes y diversas enfermedades, y aun resucitando los muertos; y después dio su vida en la cruz, muy bastante para ganar a los hombres la vida bienaventurada que no tiene fin.

**La Palabra actual en la Iglesia**

47. Mas todos estos bienes que la Palabra de Dios increada obró en los cuerpos de los hombres, y los que ganó mediante su Pasión para las almas, los obra y efectúa mediante su Palabra que acá dejó. Con ésta alumbra nuestras ignorancias, enciende nuestra tibieza, mortifica nuestras pasiones, y, lo que más es, resucita las almas muertas, que es mayor obra que criar cielos (p.*182)* y tierra. Con esta Palabra hiere el Señor y da salud, mor­tifica y da vida, mete a los infiernos y saca de allí, hu­milla y ensalza; porque, con el temor de su justicia, hace temblar al pecador y conocerse por digno del infierno; y, con la dulcedumbre de sus palabras, que prometen misericordia a los penitentes, consuela al lloroso y le­vanta al caído, y hace confiado al que estaba para deses­perar, y no sólo le libra de la muerte, mas dale manteni­miento de vida, porque su Palabra, mantenimiento del alma es, y agua con que se lave, fuego con que se ca­liente, arma para pelear, cama para reposar, lucerna para no errar; y, finalmente, así como la Palabra de Dios increada tiene virtud de todas las cosas, así esta Palabra suya en... (aquí se queda el manuscrito del si­glo xix, que es copia parcial de otro manuscrito anterior no encontrado todavía).